

persuadido de que el sacerdote debe ser tal que sea capaz de enseñar aún á los más doctos del siglo: *oportet esse ornatum, doctorem.*

Fuerte es, en verdad, la tarea que se requiere para llenar estas condiciones; sin abandonar las antiguas armas sacerdotales de la Escritura Sagrada, la Teología y los Cánones, es menester saber manejar las modernas armas de la Historia y la Filosofía, para poder descender al campo en que nos retan nuestros adversarios, y mejor vencerlos estando en terreno igual, pero con mejores y más poderosos instrumentos. ¡Apenas bastan los días todos de la vida entera de un hombre para alcanzar tanta perfección, para adornarse con tantos conocimientos! Y entretanto, es preciso ejercer en sumo grado la caridad y la hospitalidad; y aparecer tales en nuestras acciones exteriores, que ni la menor sospecha pueda sugerirse que afecte la limpieza exterior de nuestra alma: *oportet esse pudicum, hospitem.*

Ni una palabra ha de deslizarse de los labios del sacerdote que hiera las susceptibilidades del prójimo; ni un gesto, ni un ademán, ni una mirada que ofenda la modestia que debe adornarlo: parca ha de ser su mesa y arreglada su casa; si algún malévolo le suscita litigios, la moderación debe hacerlo callar, y jamás sus ojos se han de alucinar con el brillo del oro: *non vinolentum, non percussorem, sed modestum; non litigiosum, non cupidum, suæ domui bene præpositum.*

Tal es la empresa que tienes delante, sacerdote de Dios. Acométela con valor; pero tiembla: tiembla á pesar del fervor que ahora te anima, de los buenos propósitos que te alientan. Aquellos sacerdotes cuyas rela-

jadas costumbres y escandalosa vida llenaba de dolor al Magno Gregorio, cuyos vicios tan acremente reprendía San Bernardo, no creas que siempre fueron lo que después de sus funestas caídas. ¡Qué piedad, qué devoción, qué virtud no mostraron en los principios! ¡Qué lágrimas de gozo no derramaba el pueblo al verlos por primera vez, cual ahora tú, ofrecer sobre el ara la hostia inmaculada! Y sin embargo, cayeron, porque olvidando las instrucciones del Apóstol, no perseveraron en la sobriedad y vigilancia, en su primitivo candor y desinterés. Tenlo siempre ante los ojos, y haz que no sólo ahora, sino también al terminar tu carrera mortal pueda decirse de tí, que al aspirar al sacerdocio deseaste una buena obra: *qui episcopatum desiderat, bonum opus desiderat.*

Nadie se compadece del que, apartándose del consorcio del mundo, se afana por hacerse célebre cultivando las artes ó las ciencias. A nadie asombra que un joven bien nacido abandone sus hogares y paterna hacienda por ir á buscar en el campo de batalla, quizás tan sólo fatigas y la muerte, tal vez poder, y gloria, y renombre. Pocos hay que no envidien al que con intrigas y manejos, no siempre lícitos, llega á subir á la cumbre del poder, y á empuñar el cetro. Pero al sacerdocio ¿quién hay que aspire en nuestros días? Lo desprecian, lo vilipendian, lo ultrajan, y creen que el subir siquiera el primer escalón de los altares, es bajar de la esfera de los demás hombres. ¡Ah! leed, leed el libro entero en que San Juan Crisóstomo, con su acostumbrada áurea elocuencia, manifiesta la semejanza, ¿qué? la superioridad de la dignidad del sacerdote sobre la de los reyes y soberanos de

la tierra. Más lejos van aún otros Padres de la Iglesia, que asemejan al sacerdote á los ángeles del Señor: *sacerdos angelus a Sacra Scriptura nominatur*, dice Dionisio el Areopagita. Pero más expresamente que ninguno, y ensalzando más y más las sublimes prerrogativas con que el Altísimo enriqueció á sus ministros, así apostrofaba San Bernardino de Sena á la Virgen Madre del Dios Omnipotente. ¡Oh Virgen amorosa y bendita entre las vírgenes! Perdona si hoy parezco derogar á tu sublime dignidad, que no es mi intento proferir una sola palabra que pueda ofender tu excelsa majestad, al confesar ante tí la verdad que pronunció tu Hijo Divino. Él colocó la dignidad sacerdotal más alto aún que la tuya, ¡oh Reina de los coros angélicos!

¡Ah! bien haya el joven que nutre la noble ambición de ser coronado sacerdote. Que los ignorantes lo desprecien, que los mundanos lo injurien, que los malvados lo vilipendien. La piadosa gente hará eco á las palabras del Apóstol, y al verlo exclamará como él: Bien conoce sus verdaderos intereses el que aspira al sacerdocio, *qui episcopatum desiderat, bonum opus desiderat*.

PARTE TERCERA.

Recorred uno á uno todos los oficios de la sociedad, todos los empleos, categorías y rangos, y yo os desafío á encontrar uno que sea más útil, más necesario que el del sacerdote. Desde la cuna hasta la tumba, no hay escena doméstica de las que forman época en la vida individual, en que el sacerdote no represente un indispensable papel. Apenas anuncian que un nuevo fruto de bendición ha venido á coronar los deseos de dos castos esposos, cuando desde la cabaña más humilde hasta el palacio más opulento, se recurre sin dilación á un ministro del cielo que reconcilie al recién nacido con su Creador, que lo regenere con las aguas del bautismo, que sea su segundo y principal padre. Él se une á los goces de la familia, y él se mezcla á su alegría; y cuando el niño empieza á crecer, y á balbutir algunas palabras, el sacerdote, al par que la madre, le enseña á dirigir al cielo sus primeras plegarias. El Pontífice en quien reside la plenitud del sacerdocio es quien lo arma campeón de Jesucristo, y lo amaestra á combatir las espirituales bata-

llas. Cuando el fuego de la juventud enciende en su alma las pasiones; cuando engañado por el Demonio, seducido por el mundo ó halagado por la carne abandona el servicio de su Creador y se hunde en el abismo del pecado, un sacerdote es quien lo levanta, un sacerdote es quien lo baña en la sangre del Cordero, y suministrándole con sus sagradas manos el Pan de los ángeles, lo fortifica y lo robustece después de su caída.

¿Quieren, por acaso, dos almas unirse para siempre en indisoluble coyunda? ¿Qué rey, qué príncipe, qué guerrero, tendrá el poder de estrechar tan sagrado nudo? Los grandes de la tierra, podrán sí, cargar los cuerpos de cadenas, podrán dar la muerte, podrán encerrar en perpétua prisión; pero ¿quién será capaz de llegar hasta las almas? Sólo el sacerdote, sólo él, tiene tan alta potestad, y así como en la hora del nacimiento, así también en las nupcias se mezcla en los goces del hombre.

Pero llega el fatal momento en que el alma se apresta á abandonar el cuerpo, y á lanzarse á las desconocidas regiones de la eternidad. ¿Quién podrá pintar la escena dolorosa que ofrecen los solemnes instantes que preceden á la muerte? Llanto, dolor, amargura, rodean á los desdichados habitantes de la que hace poco fuera mansión de gozo; y los que antes alegraban á familias y á multitudes, ahora son incapaces de enjugar una sola de las lágrimas que manan á torrentes en derredor.

El sacerdote es quien las trueca todas en dulce llanto de callada resignación, él es quien con su ilimitada potestad envía el alma del moribundo, limpia y tranquila, á la presencia del inexorable Juez, él acompaña al cuerpo á la última morada, y ofrece por el que acaba de fa-

llecer, la hostia de salvación, único alivio que es posible suministrarle.

¿En dónde no se encuentra al sacerdote impartiendo consuelo y calmando las penas de los que más padecen, en este valle de lágrimas? Id á los campos de batalla: allí lo encontraréis, no derramando sangre, no esparciendo la muerte, sino arrancando al infierno su presa, restañando las heridas del cuerpo y cerrando las del alma.

Bajad á las cárceles; allí lo veréis, obrando lo que las cadenas, y grillos, y tormentos de la justicia humana son incapaces de efectuar; haciendo que los criminales más empedernidos se rindan á sus amorosas palabras y viertan lágrimas de arrepentimiento.

Acercaos al infestado lecho del infeliz á quien la peste acaba de herir con su inevitable saeta: allí está también bebiendo impasible de los labios del moribundo el veneno del contagio, y librándolo en cambio de la lepra del pecado.

Tales son los beneficios de que el sacerdote colma á la sociedad, ejerciendo su ministerio en los individuos que la componen. ¿Qué diré de los que en mayor escala y directamente le ha conferido, desde que Jesucristo estableció su Iglesia?

Ese cambio total en las costumbres, en la moral, en los sentimientos, que ha obrado el cristianismo en el mundo, ¿á quién lo debemos sino á doce sacerdotes enviados por Jesús á predicar el Evangelio á toda creatura? ¿Quién sino un sacerdote libró á la Europa de la barbarie cuando el Mahometismo amenazó introducirla? Esas instituciones, heredadas de la Madre Patria, que

hasta ahora nos han regido, ¿á quién las debemos, decid, sino á los Obispos Godos que tan sábiamente gobernaron á España, sojuzgando á los pueblos más que sus reyes mismos?

Sin apartar los ojos de nuestra propia patria, ¡cuánto no debe nuestra sociedad al sacerdocio! La raza que hace tres siglos poblaba nuestro suelo, no era esa gente imbele, abatida, humillada, que ahora excita nuestra compasión: era un pueblo belicoso, feroz, aguerrido, contra el cual no hubieran podido nada, en tan vasta extensión de territorio, las huestes todas de la indomable España. Pero al par que falanges armadas, vinieron tropas de pacíficos sacerdotes, y ellos, con la cruz, hicieron lo que no pueden efectuar, como vemos palpablemente, los ejércitos más poderosos de las más opulentas naciones. Ellos hicieron habitable el país que antes devastaban sin piedad innumerables bárbaros; ellos establecieron colonias; ellos fundaron ciudades; ellos hicieron arrojar las armas á los que antes no eran sino bandidos, salteadores, asesinos.

¿Por qué la generación levítica de nuestros días no ha de emprender hoy la misma obra que nuestros progenitores en la Fé, nuestros antecesores en el ministerio? Diversa debe ser la táctica, pero el arma es siempre la misma: esa espada de dos filos de la palabra de Dios, que San Pablo esgrimió con tanta destreza, y que la Iglesia ha puesto en nuestras manos. La misma Virgen que tan patente auxilio prestó á los misioneros que evangelizaron nuestra patria, no nos desampará por cierto en nuestra tarea; y si la emprendemos con ánimo firme y decidido, no lo dudéis, nuestra será la victoria.

Con razón, Señores, el nuevo Presbítero que ahora contempláis al pié del altar, ha escogido este día solemne para ofrecer á Dios las primicias de su sacerdocio. Esta muestra de amor, de reverencia, de veneración especial que exhibe á la Madre de los mexicanos, María de Guadalupe, le asegura desde hoy su protección, le da títulos incontestables á su decidido patrocinio. Suba en buena hora á inmolar con mística espada al Cordero de Dios; suba á ofrecer por los pecadores la Víctima de propiciación; suba á consumir en honor de María el eucarístico sacrificio. Ascienda hasta el cielo el humo gratísimo de su holocausto, y acéptelo el Señor como el del justo Abel y el del Patriarca Abraham, y como la hostia inmaculada de pan y de vino que le ofreció en otro tiempo Melquisedec. Suba á participar del sagrado banquete; y este angelical convite que ahora nos apresta en la tierra, sea símbolo y prenda segura del que todos hemos de gustar en el cielo. Así sea.

